

Mentalidad de ladrón

El venezolano tiene, como quien dice, vocación de ladrón. El venezolano, desde el más humilde hasta el más empenachado, no piensa sino en robar. Todas las cosas le son gratas, aunque le resulten inútiles, a condición de que sean robadas. Para el venezolano, según vemos, no hay placer superior al del robo. Ya podríamos afirmar que venezolano y ladrón son sinónimos. El hecho no puede ser más deprimente. Ni más cierto.

La cosa, con toda probabilidad, viene de lejos. De los primeros tiempos de la Historia Patria. ¿Quiénes nos descubrieron? ¿Quiénes, sobre todo, nos colonizaron? Los españoles del siglo XVI y XVII. No todos los españoles eran así; pero la mayoría de los que vinieron, o eran ladrones de tomo y lomo, o aquí se dedicaron a actuar como tales. No pensaron en restablecerse; no pensaron en edificar una sociedad ni un país. No. Nada dé eso. No pensaron sino en apoderarse de cuanto encontraban a mano. La colonización, según los historiadores, fue, de punta a punta, un saqueo. Los próceres de la independencia se movieron entre ruinas. Así las cosas, el ejemplo tenía que ser absolutamente negativo. De esas aguas remotas proceden todos nuestros actuales lodos.

Semejante realidad ha podido corregirse. Hubo, de la primera república en adelante, quienes han podido lograr tan necesaria corrección. Esta, sin embargo, no pudo ser entonces. La impidió el turbión de la guerra. Y ésta duró veinte años. Sobre las ruinas del saqueo colonial, acumuló las de los combates diarios por la emancipación. Sobre la doble ruina se irguió, al fin, la república que debía armar de nuevo el país durante los dos últimos tercios del siglo XIX.

La república del tiempo citado, en relación con la indispensable corrección, tampoco pudo hacer maldita la cosa. Se lo impidieron, en todos los rincones del país, las guerras civiles. Los caudillos correspondientes -fueran de apellido Páez o Monagas, Falcón o Guzmán, Crespo o Matos no tenían sino un solo objetivo: llegar al poder. Robarse el poder por la fuerza para, desde allí, completar, ya con toda comodidad, el robo del resto. De esta manera procedieron y pasaron a la historia, una por una, todas nuestras revoluciones. (Qué tal, solía poner Goya en algunos de sus mejores cuadros).

La nueva república, si puede llamarse así, comenzó a configurársenos con el General Gómez. Es la de nuestro siglo. Es la de nuestra experiencia. La hemos visto, en buena parte, con los ojos de la cara. Sobre todo, la de los últimos treinta años. La que ha sido protagonizada por las últimas tres o cuatro generaciones.

Esta etapa tampoco ha hecho la corrección apuntada. No ha padecido de guerras ni de revoluciones. El padecimiento, a pesar de todo, ha sido el peor de nuestra historia. Es la etapa en que el petróleo ha dominado, a tiempo completo, la vida nacional. Y ha contribuido a que el capitalismo, surgido de dentro y llegado de fuera, haya afinado al máximo nuestra mentalidad de ladrones. El robo es nuestra industria más representativa ante el mundo.

La corrección que decimos ha podido, incuestionablemente, realizarla la escuela. Pero la escuela venezolana, hace tiempos, dejó de educar. Plantada en ambiente consumista, forma al venezolano para el consumismo. Y lo forma desde el mero kínder. La maestra, como todos lo hemos visto, vive de cumpleaños en cumpleaños: se lo celebra, por lista, a cada uno de sus alumnos. Así se ahorra un día de trabajo, lo-que es una forma de robo al erario. Así consolida la mentalidad de ladrón que el ambiente le da al niño, que es lo más grave. La escuela no encamina al educando hacia el trabajo: lo encamina hacia el jolgorio continuo. El venezolano no piensa sino en la fiesta.

Cualquiera puede redargüimos en el sentido de que la deficiencia de la institución escolar puede ser enderezada por el Estado. El argumento no vale, sino teóricamente. En la realidad nacional resulta falso. La escuela es deficiente en grado superlativo porque en el mismo grado superlativo es deficiente el Estado. No hay para dónde coger. Si no nos coge el chato, nos coge el chingo. Y el Estado es deficiente porque, entre otros elementos no menos graves, está pensado y estructurado y establecido para el servicio de los grandes intereses fiduciarios, es decir, financieros. El Estado no tiene más preocupación, como capitalista que es, que la satisfacción de las minorías. Los grandes problemas nacionales, como el de la cultura, los mira el Estado por la ventana del populismo. De

aquí es de donde viene la extraordinaria, la notoria, la monstruosa connivencia oficial respecto de nuestros máximos ladrones.

Los pocos venezolanos no contaminados de latrocinio que todavía quedan se preguntan frente al desastre de la educación, qué hace el Ministerio respectivo. La pregunta es ingenua sobre toda la ponderación. El Ministerio es, en su caso específico el Gobierno. Y ¿qué Gobierno va a haber, propiamente tal, cuando apenas existe el Estado del cual es instrumento?

La historia contemporánea Venezuela, si vamos a ser objetivos, es la historia del robo, no tenemos sino leer, así sea a la carrera, la prensa. No hay día ni hay semana, no hay mes, en que la noticia principal no corresponda a un robo. El venezolano roba en todas partes. En todas las horas. Roba en las instituciones públicas. Roba en las entidades particulares. Roba hasta en su propia casa. El motivo es claro: la escuela lo ha enseñado a que, si devenga un salario de cinco mil bolívares, viva a todo trapo con diez mil. De este modo, ¿cómo no va a robar?.

La mentalidad de ladrón, pues, que distingue al venezolano no se queda solamente en él. Va más lejos. Prueba, a todas luces y de abajo a arriba, que no tenemos Escuela verdadera pero tampoco tenemos Gobierno auténtico; y que no tenemos gobierno auténtico porque no tenemos ése que los juristas llaman Estado de Derecho.